

## LA ERRATA DE ORO

José Angel Buesa



HACE años —creo que en México— adquirí un libro del poeta argentino Rafael Alberto Arrieta; pero no un libro de versos, sino de finas prosas, posiblemente publicadas con anterioridad en periódicos y revistas. No recuerdo su título, pero sí el de una de sus más interesantes crónicas, que es el que he escogido precisamente para encabezar estas líneas: “La Errata de Oro”.

Se refería Arrieta, con su alta calidad de estilo, a esa especie de duende malicioso que habita en la máquina del tipógrafo, y que a veces salta, sin ser visto, a un párrafo cualquiera, escondiéndose a la mirada del corrector de pruebas, del autor, del diagramador, del fotomecánico y del prensista, pero que, una vez impreso el párrafo en cuestión, se asoma descaradamente, ya convertido en errata irreparable, y vocea por toda la imprenta: “Eh! ¡Aquí estoy! ¡Cómo no me vieron antes?”

Creo que fue también en esa obra donde leí una divertida historia tipográfica relacionada con Sixto IV, conocido anteriormente como Franceso della Rovera, renombrado teólogo que, al asumir el papado en 1471, autorizó la Vulgata, —esa versión latina del Texto, de la que el Santo Padre, según las malas lenguas, había eliminado autoritariamente determinadas contradicciones testimoniales que suscitaban polémicas de convento en aquel entonces. El caso es que Sixto IV, mientras supervisaba los planos de su famosa Capilla, que casi un siglo

después sería magnificada por Miguel Angel, ordenó una impresión impecable de la Vulgata, “sin un solo error, que sería sacrílego en obra de inspiración divina”. Y, al efecto, designó a tres cardenales para la revisión de las pruebas de imprenta, —en aquella época una recientísima invención. Pero los cardenales decidieron delegar las fastidiosas funciones de corrección en varios obispos, reservándose las de supervisión de la labor episcopal; y los obispos, a su vez, transfirieron la engorrosa faena a ciertos pacientes y laboriosos frailes habituados a la copia de manuscritos —y justamente en trance de jubilación a causa del invento de Gutenberg. Finalmente, los frailes cumplieron la disposición papal, un poco atemorizados por tan tremendas responsabilidades, aunque con la confianza de que los sabios obispos no dejarían de reparar en cualquier error que pudiera escapárseles; pero éstos, por su parte, confiaron igualmente en la meticulosidad de aquéllos y en la ciencia teológica de los cardenales, quienes, al no poner en duda la diligente obediencia de los obispos, creyeron innecesariamente dilatoria cualquier clase de supervisión. Y el resultado, como es de suponer, fue la Biblia con más errores jamás impresa.

Y es que, en efecto, según la feliz expresión de Arrieta, la errata es una especie de duende maligno, invisible durante los preliminares de la impresión, pero de categórica corporeidad inmediatamente después. A veces, se trata de una simple coma, de más o de menos, pero que enturbia un párrafo de la más diáfana sintaxis. A veces configura una nefasta incorrección ortográfica. O —y estas son las peores— es el resultado de la mala corrección de otra errata. Pero siempre son inevitables. Así, en las más importantes casas editoras, un corrector de pruebas es considerado excelente si sólo se le escapa un error cada diez páginas. Y todos los editores están de acuerdo en que el peor corrector de una obra cualquiera es su propio autor. Y también es tradicional la nota del optimista impresor que, por jactarse de haber publicado una obra intachable, entró en colisión fatal con una “h”: “Nuestros lectores se sorprenderán de no encontrar fe de herratas en este libro, pero es que no las hay”.

Y todo esto viene a cuento por un horripilante error de imprenta aparecido en el número anterior de nuestra revista AULA, en la reproducción de las palabras pronunciadas por don Carlos Federico Pérez en el acto de poner en circulación “El Pensamiento y la Acción en la vida de Juan Pablo Duarte”. Porque exactamente en la línea 31 —cuarto párrafo— de la página 58, se lee: “comprender y balorar la obra de Duarte es necesario tenerlas”. Ahora bien, ¿cómo apareció ahí ese “balorar”, en vez de “valorar”, como lo había escrito el autor?

Esa línea fue tipografiada correctamente con el *valorar* con *v*. Pero tenía un “de” sobrante: “comprender y valorar la obra de *de* Duarte es necesario tēnerlas”. El corrector de pruebas tachó el *de* que sobraba. El tipógrafo compuso de nuevo la línea, y ahí saltó el duende, sustituyendo la “v” con la “b”. El diagramador, a su vez, sustituyó la línea del “de” excedente con la del “balorar” antiortográfico, y es probable que en ese momento el duende le sugiriera pérfidamente que ya todo estaba bien, sin necesidad de nueva revisión por parte del corrector, y el pliego fue a parar a manos del fotomécanico, continuando así el proceso normal, hasta que la errata lanzó su alarido: “Eh! ¡Aquí estoy!”, en la página 58 de la revista AULA, números 30-31, cuando ya estaba impresa, compaginada y con carátula y todo.

Así, pues, al tiempo que pedimos excusas a don Carlos Federico Pérez —quien no es sólo un escritor de merecido renombre, sino también profesor de la UNPHU y actual presidente de la Academia Dominicana de la Lengua— aclaramos que el cuarto párrafo de la página 58 de nuestra revista anterior, debe leerse, tal como escribió su autor:

“Fue esta creencia la que nos alentó para dedicarnos a elaborar este libro sobre Duarte con atención especial a esas peculiaridades, no solamente por lo que, bajo el palio de la libertad, la aspiración a la vigencia de los derechos humanos y al gobierno democrático, sirvieron ellas de ingredientes a la formación de la nacionalidad dominicana, sino porque para comprender y valorar la obra de Duarte es necesario tenerlas en cuenta”.

Por lo demás, según el resignado decir de un viejo periodista habanero, "estas son cosas que pueden suceder exclusivamente en una imprenta, porque jamás han sucedido ni sucederán en una fábrica de paraguas".